

las referencias á ella, que se hacen en las cartas subsecuentes, como en los escritos de la época.<sup>1</sup> El contesto general de esa carta, nos lo ha hecho conocer Gomara, el capellan de Cortés. Seguramente se ha exagerado mucho la importancia de este documento, que si pareciera algun dia, poco añadiría probablemente, á lo que contiene la carta de Veracruz, que ha servido de base á esta parte de mi historia. Los autores de este documento sabian tanto como el del otro; habiendo en él menos franqueza é integridad en la relacion de los sucesos, que en la carta de Veracruz, pues segun se dice, en la de Cortés no se hablaba de los descubrimientos hechos por sus dos antecesores.<sup>2</sup>

Los magistrados de Villa Rica se ocupaban en lo mismo que Cortés y terminaban su Carta con una

1 En el primer párrafo de su segunda carta al emperador, dice Cortés: «en una nao que de esta Nueva-España de Vuestra Sacra Majestad despaché el 16 de Julio de 1519, envié á Vuestra Alteza muy larga y particular relacion de las cosas hasta aquella sazón despues que yo á ella vine, en ella sucedidas.» (Apud Lorenzana, pág. 38.) «Cortés escribió segun él nos dijo, con recta relacion, mas no vimos su carta.» (Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 53.) Véase también á Oviedo, Hist. de las Indias, cap. 33, lib. 1. Gomara, ut supra. A no haber tan decisivos testimonios, podia uno suponer que la tal carta era enteramente imaginaria ó supuesta. Así es que en realidad de verdad, la copia del primer documento citado, la cual pertenece á la Academia Española de Historia, y tal vez el original de él, existente en Viena, llevan impropriamente el título de Primera Relacion de Cortés.

2 Esta es una imputacion de Bernal Diaz, fundada únicamente en noticias de oídas, pues él mismo confiesa no haber visto nunca la carta.

enfática representacion contra Velazquez, sobre cuya venalidad, estorsiones y esclusivo miramiento á sus intereses personales, así como del desprecio con que miraba los de sus soberanos y los de sus propios compañeros, hablan clara y largamente.<sup>1</sup> Imploran del gobierno no que les nombre para dirigir la nueva colonia, lo que seria fatal para que la guerra se emprendiese con buen éxito, sino que nombre á Cortés, como la persona mas á propósito por su experiencia y conducta, para dar cima á tan gloriosa empresa.<sup>2</sup>

Juntamente con esta carta iba otra de los ciudadanos soldados de Veracruz, en que protestaban al

1 «Fingiendo mil cautelas, dice con toda urbanidad Las-Casas, hablando de esta primera Carta, y afirmando otras muchas falsedades é mentiras.» (Hist. de las Ind., lib. 3, cap. 122.)

2 Este documento es de la mayor autoridad é importancia, como que procede de las personas mejor informadas de todo el ejército. Presenta una noticia completa de todo lo que se habia encontrado en los países hasta entonces visitados, y de los movimientos hechos por el ejército hasta la fundacion de Villa Rica. Por otra parte, los historiadores se hacen merecedores de nuestra confianza por el tono circunspecto de su narracion. «Querer dar á Vuestra Majestad todas las particularidades de esta tierra y gente de ella, podria ser que en algo se errase la relacion; porque muchas de ellas no se han visto mas de por informaciones de los naturales de ella, y por esto no nos entrometemos á dar mas de aquello que por muy cierto y verdadero, Vuestras Reales Altezas podrán mandar tener.» La noticia dada por Velazquez debe ser tenida por testimonio de parte, y por lo tanto ser admitida con gran desconfianza, pues que era esencial para su propia vindicacion, la vindicacion de Cortés. Esta Carta jamas se ha impreso; y el original existe, como arriba lo decimos, en la Librería Imperial de Viena. La copia que yo poseo, y que consta de mas de sesenta páginas en fólío, está tomada de la que hay en la Academia de Historia de Madrid.

monarca su debida sumision, y le suplicaban aprobase todo lo que habian hecho y sobre todo que confirmase el nombramiento de Cortés, para general de aquellos ejércitos.

Elegir á los que habian de ir á España, era punto delicado; pues del resultado de esta embajada dependia la suerte de la colonia y de su gefe. Cortés confió la comision á dos personas en quienes podia descansar: el uno Francisco de Montejo, el antiguo partidario de Velazquez, y el otro, Alonso Hernandez de Puerto-Carrero, pariente próximo del conde de Medellin, quien podia favorecerle en la córte. Enviáronse algunos manuscritos indios, juntamente con el tercero, el cual justificaba la asercion de los españoles, que decian que "aquella tierra contenia tanto oro como la de donde sacó Salomon el necesario para el templo."<sup>1</sup> De los manuscritos, unos eran en algodón, otros en maguey: sus ininteligibles caracteres llamaron poco la atencion de los conquistadores; y sin embargo, considerados como pruebas de la cultura intelectual, eran mas dignos de interes para un filósofo, que no aquellas valiosas manufacturas que tan solo probaban los adelantos mecánicos de la nacion.<sup>2</sup> Enviáronse tambien como mues-

<sup>1</sup> «A nuestro parecer se debe creer que hay en esta tierra, tanto cuanto en aquella de donde se dice haber llevado Salomon el oro para el templo. Carta de Veracruz, MS.

<sup>2</sup> Pedro Mártir que aventaja en ilustracion á todos los escritores

tra de lo que eran los habitantes de aquellas tierras, á cuatro indios sacados de las jaulas donde se les habia encerrado para sacrificarlos despues. Escogióse para el viaje la mejor nave de toda la flota; se la tripuló con quince marineros y se la confió al piloto Alaminos. Debia pasar por el canal de Bahama, al Norte de Cuba, ó Fernandina, como entonces se llamaba á esta isla; con órden de no tocar en ninguna de las del Océano índico. Con estas instrucciones emprendió su derrotero la nave, á 26 de Julio, yendo cargada de tesoros y de los buenos deseos de los habitante de Villa Rica de Veracruz.

Despues de una rápida travesía, tocaron en la isla de Cuba, contrariando expresamente las órdenes que llevaban, y anclaron enfrente de Marien, en la costa septentrional de la isla; esto se hizo por complacer á Montejo que queria visitar un plantío suyo que habia dejado allí cerca. Estando anclados fuera del puerto, saltó á tierra uno de los marineros, y atravesando la isla hasta llegar á Santiago, difundió por todas partes nuevas acerca de la expedicion: por fin llegaron á oidos de Velazquez. Era la primera noticia que habia tenido de la flota, desde que habia salido; y al oír la narracion del marinero, no pudo Velazquez reprimir las emociones de

de su época, consagra medio capítulo al examen de los manuscritos indios, en los que encuentra las pruebas de una civilizacion análoga á la del Egipto. De Orbe novo, Dec. 4, cap. 8.

curiosidad, asombro é indignacion que agitaba su pecho en aquel momento. En el primer raptó de su ira, descargó una tempestad de quejas é invectivas contra su secretario y tesorero, los amigos de Cortés que le habian recomendado para que le nombrase caudillo de la expedición. Despues de desahogarse un poco de esta surte, mandó dos naves veleras con órden de apoderarse del buque rebelde, y caso de haber ya partido, de seguirle y alcanzarle.

Mas antes de que estas embarcaciones llegaran, habia volado el pájaro, y caminando mucho por el anchuroso Atlántico. Lleno de indignacion por esta nueva burla, escribió varias cartas en que se quejaba amargamente, dirigiendo las unas á España y las otras á los frailes de San Gerónimo, residentes en Santo Domingo. Poco satisfactoria fué la respuesta que le dieron estos últimos, por lo que resolvió poner él mismo manos á la obra. Comenzó á aparejar otra escuadra formidable, mas que igual á los de sus rebeldes enviados. Era infatigable en la realizacion de sus proyectos, no perdonando paso ni gasto para llevarlo á cabo; mas los preparativos eran tan grandes, que para acabar de hacerlos, se necesitaba muchos meses.

Entre tanto, la otra navesilla, proseguia felizmente su viaje; y despues de tocar en una de las Azores, llegó en el mes de Octubre al Cabo de San Lucas; siendo este viaje, por largo que en el estado ac-

tual de la náutica no parezca, bastante breve para aquellos tiempos. Dejemos para otro capítulo hablar de lo que aconteció con los emisarios cuando llegaron á la corte, de la acogida que les hicieron en ella, y de las sensaciones que produjeron sus noticias.

Poco despues de la partida de los comisionados, aconteció un suceso de los mas desagradables. Es el caso, que cierto número de personas, con el padre Juan Diaz, de cabécilla, bien fuese que no estuviesen conformes con el gobierno de Cortés, bien porque no se encontrasen con ánimo bastante para acometer aquella empresa, tomaron un plan para apoderarse de una de las naves, largarse á Cuba como mejor pudiesen, y contar al gobernador lo que habia acontecido con la escuadra. La conspiracion se hizo tan secretamente, que ya tenian los rebeldes sus víveres, agua y demas avíos para el viaje, y sin embargo nadie lo habia descubierto; cuando precisamente la noche misma en que debian hacerse á la vela, rebeló la conspiracion uno de los que estaban en ella, y que se habia arrepentido. Al instante ordenó el general que se aprehendiese á todos los implicados en el plan: se formó una averiguacion: que-

1 Bernal Diaz, op. cit., caps. 54, 57. Gomara, Crónica, cap. 40. Herrera, Hist. de las Ind., dec. 2, lib. 5, cap. 14. Carta de Veracruz, MS.

Las numerosas noticias de Pedro Mártir procedian de sus conversaciones con Alaminos y los dos enviados, poco tiempo despues de su llegada á la corte. De Orbe novo, dec. 4, cap. 6, y en otras varias partes. Opus epistolarum (Amstelodami, 1607) cap. 650.

dó en claro la culpabilidad de los cómplices: dos de ellos fueron condenados á muerte, el piloto á perder los piés, y otros muchos á ser azotados. Al sacerdote, aunque probablemente el mas culpable de todos, se le permitió huir, por haber reclamado los privilegios comunes de su estado. Uno de los condenados á la horca fué Escudero, el mismo alguacil que, como ya se acordará el lector, aprehendió tan bruscamente á Cortés, fuera de un santuario en Cuba.<sup>1</sup> Cuéntase que al firmar el general las sentencias de muerte, exclamó: ¡Para qué aprendí á escribir! No era la primera vez que en ocasiones semejantes se hacia esta misma exclamacion.<sup>2</sup>

Habiendo acabado de arreglar todo en Villa Rica, mandó por delante á Alvarado con gran parte de tropas, para Zempoalla, donde podia dentro de poco juntársele con el resto de ellas. Parece que el último suceso de la conspiracion, le habia causado una impresion profunda, porque ella le probaba que entre sus soldados habia corazones tímidos en quienes no se podia confiar, y que podian sembrar el disgusto y el desaliento entre sus compañeros; y

<sup>1</sup> Véase antes, lib. 2º, cap. 2º

<sup>2</sup> Bernal Diaz, op. cit., cap. 57. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 2. Las-Casas, op. cit., lib. 3, cap. 122. Demanda de Narvaez, MS. Segunda Relacion de Cortés, en Lorenzana, pág. 41.

Fué la exclamacion de Neron, referida por Suetonio. «Et cum de supplicio cujusdam capite damnati ut ex more subscriberet, admoneretur, quam vellem, inquit, nescire litteras!» Lib. 6, cap. 10.

que aun los mas resueltos podian en lo sucesivo por el mas leve motivo de desavenencia, vacilar en su propósito, apoderarse de las naves y abandonar la empresa. Era ésta demasiado vasta y los enemigos demasiado formidables para que no causase temor la disminucion del número de los compañeros; y la esperiencia acababa de probar que esto podia verificarse fácilmente, mientras los medios de escaparse estuviesen á la mano.<sup>1</sup> El mejor modo, pues, de precaver tamaño riesgo era, quitar todos esos medios, y para esto, concibió la audaz resolucion de destruir la flota sin que el ejército lo supiese.

Cuando llegaron á Zempoalla comunicó su intento á unos pocos de sus mas íntimos y seguros secuaces, quienes abrazaron con ardor las ideas del capitán. Por medio de estos agentes persuadió á los pilotos, mediante el oro, que es el argumento que mas pesa en los hombres comunes, á que dijesen acerca del estado en que se encontraban las naves, cuanto pudiera convenir á su intento. De facto, dijeron que las embarcaciones estaban maltratadísimas á causa de los vientos contrarios con que habian luchado; y lo que era todavía peor, que los gusanos habian car-

<sup>1</sup> «Y porque, dice Cortés, demás de los que por ser criados y amigos de Diego Velazquez tenian voluntad de salir de la tierra, habia otros que por verla tan grande, y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaria solo.»

comido el casco de las naves hasta tal punto, que las mas de ellas estaban inservibles para la navegacion, y algunas aun incapaces de flotar en el agua.

Cortés recibió la noticia con sorpresa, porque como dice Las-Casas haciendo los amistosos comentarios que tiene de costumbre: "Cortés sabia disimular cuando así convenia á sus intereses." "Si tal sucede," exclamó, conformémonos y hágase la voluntad de Dios."<sup>1</sup> Ordenó que les quitasen á cinco de las naves peor acondicionadas, las jarcias, el velámen, el fierro y todo cuanto fuese movible, y que en seguida se las echase á pique. Se registró á las demas, y habiendo encontrado cuatro de ellas en el mismo estado, se las condenó á la misma suerte. ¡Una sola nave quedaba!

Cuando llegaron las noticias á Zempoalla, quedaron las tropas en la mayor consternacion. ¡Se vieron de un solo golpe separados de sus amigos, de su familia, de su patria! Su esforzado corazon se consternó al contemplarse abandonados en playas enemigas, y un puñado de hombres combatiendo con un imperio formidable. Cuando supieron la destruccion de las cinco primeras naves, se conformaron, porque la juzgaron indispensable, conociendo la vo-

<sup>1</sup> «Mostró cuando se lo dijeron mucho sentimiento Cortés porque sabia bien hacer fingimientos cuando le era provechoso, y respondióles que mirasen bien en ello, é que si no estaban para navegar, que diesen gracias á Dios por ello, pues no se podía hacer mas.» Las-Casas, Hist. de las ind., MS., lib. 3, cap. 122.

raz actividad de los insectos en aquellos mares. Mas cuando llegó la nueva de la destruccion de las cuatro restantes, comenzaron á desconfiar: conocieron que se les habia engañado, y se levantó un murmullo sordo al principio, pero cada vez mas manifesto, que anunciada una rebelion declarada. Decian que su general les queria llevar como ovejas al matadero.<sup>1</sup> Las cosas á cada instante se ponian de peor aspecto; de suerte que jamas estuvo Cortés en mayor peligro de que le matasen sus propios soldados.<sup>2</sup>

Su presencia de espíritu no le abandonó en esta crisis. Convocó á todas sus tropas, y empleando mas bien un tono de persuasion que de autoridad, les aseguró que el mal estado de las naves exigia su destruccion: que debian considerar que al ordenar que ésta se verificase, habia hecho el mayor sacrificio, pues que eran todas de su propiedad y formaban toda su fortuna: que por otra parte, se reforzaba el ejército con cien soldados útiles empleados antes en guardarlas; y que finalmente, si se las hubiese conservado, de poca utilidad les habrían sido, pues si el éxito era feliz, para nada las necesitaban, y caso de ser desgraciado, iban á internarse tanto, que

<sup>1</sup> «Decian que los querian meter en el matadero.» Gómara, Crónica, cap. 42.

<sup>2</sup> «Al cabo, lo hubieron de sentir la gente, y aiana se le amotinaron muchos, y este fué uno de los peligros que pasaron por Cortés de muchos que para matallo de los mismos españoles estuvo.» Las-Casas, ubi supra.

de nada les servirían tampoco. Suplicóles que diriesen su pensamiento hácia otro rumbo: que buscar los medios y facilidad de escapar, es indigno de los valientes: que una vez puesta la mano en la obra, y en el estado en que se hallaban, retroceder sería arruinarse: que recobrasen su antigua confianza en ellos mismos y en su general, y que el éxito no sería dudoso. Por lo que á mí toca, les dijo, he tomado mi partido; permanecer aquí mientras tenga yo uno solo que me acompañe: si hay algunos tan cobardes que se espanten de los riesgos que nos aguardan en esta gloriosa empresa, váyanse benditos de Dios á Cuba: allá pueden ir á contar cómo han abandonado á su general y á sus camaradas, y á esperar con toda paciencia á que volvamos cargados de los despojos de los aztecas.<sup>1</sup>

El hábil orador había herido precisamente la cuerda que mas vibraba en el pecho de sus oyentes. Conforme habló fueron olvidándose los antiguos resentimientos: la seductora perspectiva de las futuras riquezas y de la gloria, volvió á presentarse ante sus ojos, animada y embellecida por la elocuencia de su

<sup>1</sup> «Que ninguno sería tan cobarde y tan pusilánime que quería estimar su vida mas que la suya, ni de tan débil corazón que dudase de ir con él á México donde tanto bien le estaba aparejado, y que si acaso se determinaba alguno de dejar de hacer, este se podía ir bendito de Dios á Cuba en el navío que había dejado, de que antes de mucho se arrepentiría y pelaría las barbas, viendo la buena ventura que esperaba le sucedería.» Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 82.

general: corridos de su primera desconfianza, revivió el entusiasmo por su caudillo, pues conocían que solo bajo sus banderas podían caminar á la victoria; por manera que cuando concluyó su arenga, el aire resonó con los gritos de: *A México, á México.*

La destruccion de las naves es acaso el incidente mas notable de la vida de este hombre extraordinario. Pocos son en verdad los ejemplos de este género que nos ofrece la historia; y en ninguno eran mas precarias las esperanzas del triunfo, ni mas desastrosas las resultas de una derrota.<sup>1</sup> Si se hubiera malogrado aquella accion, se la habría llamado un rasgo de locura, y sin embargo era hija de un cálculo profundo. Su caudal, su fortuna, su vida misma, todo lo había arriesgado y era preciso afianzarlo: no cabía alternativa entre morir ó perecer; y la medida tomada aumentaba mucho las probabilidades del triunfo; pero llevarla al cabo al frente de una soldadesca desatada y desesperada, fué un acto de resolucion de que pocos ejemplos ofrece la historia.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Acaso el mas famoso de estos ejemplos es el de Julian, quien en la malhadada expedicion á Asiria, quemó la flota en que había pasado el Tigris. Este pasaje lo refiere Gilbon, quien demuestra satisfactoriamente que la flota habría sido de mas daño que provecho en el curso de las ulteriores operaciones. Historia de la decadencia y caída del imperio romano, vol. IV, pág. 117, de la excelente edicion de Milan.

<sup>2</sup> La noticia de la destruccion de las naves que refiero en el tex-

Fray Bartolomé de Las-Casas, obispo de Chiapas, cuya "Historia de las Indias" ha sido una de las más importantes autoridades para la formación de las páginas que anteceden, fué uno de los hombres notables del siglo XVI. Nació en Sevilla en 1474: su padre acompañó á Colon en clase de soldado raso á su primer viaje al Nuevo Mundo; habiendo adquirido en su carrera las proporciones bastantes para poner á su hijo en la Universidad de Salamanca. Durante la residencia de éste en aquel lugar, le sirvió un indio que su padre había comprado en Santo Domingo; por manera que el infatigable abogado de la libertad comenzó su carrera por ser amo de un esclavo; mas no duró éste en esa condicion por mucho

tiempo, pues le libertó á poco el generoso edicto de Isabel la Católica.

En 1498, concluyó sus estudios en leyes y teología, recibió el grado de licenciado, y en 1502, acompañó á Oviedo en la armada mas soberbia que hasta entonces se había dirigido al Nuevo Mundo. Ocho años despues fué consagrado de presbítero en la Isla de Santo Domingo; suceso algo notable, pues fué la primera persona que se consagró en las colonias. Cuando ocuparon á Cuba los españoles, pasó á esta isla, donde obtuvo un curato de poca cuantía; sin embargo, muy en breve se hizo conocer del gobernador Velazquez, por la exactitud con que desempeñaba sus deberes, y sobre todo, por la influencia que merced á su carácter manso y benévolo, ejercía en los indios. Mediante la amistad con el gobernador, tuvo Las-Casas oportunidad de aliviar la condicion

to, no está acorde con Bernal Diaz, quien dice que la flota fué destruida con entero conocimiento y aprobacion del ejército, aunque fué propuesta por Cortés. (Op. cit. cap. 58.) Esta opinion ha adoptado Robertson en su Historia de América, vol. II, págs. 253, 254. Cuesta trabajo apartarse del dictámen del verídico Bernal Diaz, principalmente cuando su dicho ha sido acogido por el juicioso historiador de América; mas Cortés expresamente declara en su carta al emperador, que ordenó la destruccion de las naves sin conocimiento de sus tropas, de temor de que los tímidos y desafectos se aprovecharan con el tiempo de los medios de irse, si les quedaban expeditos. (Relacion segunda de Cortés en Lorenzana, pág. 41.) Los hidalgos Montejo y Puerto-Carrero dijeron en sus declaraciones, que Cortés había mandado la destruccion de la flota por los informes que le dieron los pilotos. (Declaraciones, MSS.)

Narvaez en su demanda, y Las-Casas, hablan de aquel hecho, desaprobándolo desmedidamente, y acusando á Cortés de haber cohechado á los pilotos, para que horadando los cascos de las naves las inutilizasen. (Demanda de Narvaez, MS. Las-Casas, Hist. de las Ind., MS. lib. 3, cap. 122.) Lo mismo refiere Oviedo, aunque calificando el hecho de otra manera. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33,

cap. 2. Gomara, Crónica, cap. 42, y Pedro Mártir, de Orbe novo, dec. 5, cap. 1); autoridades todas bastante competentes. Este hecho tan extraordinario, suponiéndolo obra de la voluntad de un solo hombre, se hace increíble cuando se le considera emanacion de muchas voluntades independientes. No es muy improbable que Bernal Diaz, por ser uno de los mas adictos á aquella causa, haya sido uno de los que supieron el intento de Cortés. El veterano puede haber olvidado despues de muchos años de acontecido el suceso, alguna parte de él; y zeloso de hacer partícipe al ejército de la gloria de aquella expedicion, gloria que el general se atribuía enteramente haber querido distribuir entre sus camaradas la fama de una hazaña que en este caso pertenecía exclusivamente á Cortés; pero sea cual fuere el motivo de su discrepancia, su solo y único testimonio, no puede contrapesar al de todos sus contemporáneos, tan competentes como él, para saber la verdad de los sucesos.

de la raza conquistada; consagrando desde entonces todas sus fuerzas á la consecucion de este grande objeto. Por aquel tiempo estaba en todo su vigor el sistema de *repartimiento*, establecido poco despues del descubrimiento de Colon; y la raza aborigena desaparecia con espantosa rapidez, bajo la influencia de aquel sistema opresor, que no tiene muchos que compararle en la historia de la humanidad. Las-Casas, lastimado del espectáculo diario de la miseria y del crimen, se embarcó para España, para ver si conseguia la reparacion de algunas de aquellas injusticias. Fernando murió poco despues de su llegada: Carlos estaba ausente; la monarquía, regida por el cardenal Ximenez, quien dió oidos á las quejas del misionero y con aquella energía que le era propia, nombró una comision compuesta de tres frailes de San Gerónimo, con plenos poderes, como lo hemos dicho en el testo, para reformar todos los abusos. Las-Casas fué condecorado por su celo, con el título de "Protector General de los indios."

Los nuevos visitadores desempeñaron su encargo con mesura y discrecion; pero era aquel extremadamente difícil, pues que requeria tiempo para introducir la reforma de abusos ya arraigados. El ardiente é impetuoso Las-Casas, despreciando las amonestaciones de la prudencia, atropellando todos los obstáculos, é irritado de aquella conducta que él calificaba de tolerante y tibia, como no se tomaba el

trabajo de disimular su desagrado, muy en breve se puso en desavenencia con los visitadores; por lo que resolvió volverse á la madre patria á instar al gobierno para que tomase otras medidas que procurasen mas eficazmente la proteccion de los indios.

Encontró el reino bajo la direccion de los flamencos, quienes desde el principio mostraron sumo horror á los abusos que se cometian en las colonias, y que, en dos palabras, parecian resueltos á no permitir otras extorsiones ni robos, mas que los cometidos por ellos mismos. Fácilmente accedieron por lo tanto á las solicitudes de Las-Casas, quien propuso aliviar la suerte de los indios, enviando labradores españoles, é introduciendo en las islas esclavos negros. Esta última proposicion ha acarriado graves cargos sobre su autor, á quien se acusa de haber sido el introductor de la esclavitud en el Nuevo Mundo. Otros con no menos sinrazon, han pretendido vindicarlo de aquella imputacion, negando el hecho enteramente. Mas desgraciadamente para estos últimos, él consta en la Historia de las Indias del mismo Las-Casas, quien confiesa con gran humildad y profundo arrepentimiento, que su opinion en aquella vez estaba apoyada en fundamentos erróneos, porque, como francamente lo confiesa, "una misma ley se debía aplicar al indio igualmente que al negro." Pero léjos de haberse establecido entonces la esclavitud en las Islas, la introduccion de negros